

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA.— Un número suelto un real.



El leon salta como un rayo, cae sobre el intrépido amante y le despedaza. (Pág. 244, col. 2).

SUMARIO.

- LA MEZQUITA DE MANSOURAH, por M. Fernando de Vez.
- EL PAJE FLOR-DE-MAYO, por M. Ponson du Terrail.
- EL CORAZON FRIO, por la señorita Elisa Tourangin.
- LA CIENCIA PARA TODOS.

LA MEZQUITA DE MANSOURAH

EL SITIO DE TREMEECN,

POR M. FERNANDO DE VEZ.

Mi amigo Octavio, oficial de spahis, me dijo un día:

—¿Quieres acompañarme mañana á cazar?

—Con mucho gusto, le respondí.

El día siguiente, al amanecer, salimos de Tremecén dejando á la izquierda la ciudad que se extiende en forma de anfiteatro sobre un monte escarpado y cónico, enlazado con otras colinas que alcanzan sus cimas subiendo hasta perderse en el Atlas.

Una franja de color rosado, precedida de tenues vapores blancos que presagiaban un día caluroso, se desvanecía en oriente, y millares de brillantes gotas de rocío, cayendo

de las hojas de los árboles ó adornando como perlas las yerbecillas, llenaban el ambiente de frescor embalsamado con ricos perfumes.

El mundo había arrojado el sueño de la noche; las aves con sus cantos saludaban á la aurora, y bandadas de cigüeñas, á las que se había adelantado el muezin, mas madrugador que ellas, revoloteaban sobre los alminares lanzando alegres chillidos. La frescura del aire, el brillo del rocío, el suave color de las flores, los perfumes que de todas partes se exhalaban, el zumbido armonioso de los insectos al agitar sus alas, toda la naturaleza en fin, graciosa y adornada, que sonreía como una virgen cuyos ojos vierten lágrimas de alegría, me exaltaba, embriagaba y me inundaba en suaves é inexplicables sensaciones. Aspiraba con deleitoso afán el ambiente balsámico y nadaba sensualmente en aquella atmósfera de flores y aromas que el astro de fuego iba á disipar con su soplo devorador.

La campiña resplandeció con fulgores deslumbrantes al asomar los primeros rayos del sol: parecía que llanuras y colinas estaban sembradas de diamantes; las hojas se estremecían de placer, y las flores abrieron sus corolas para recibir el primer beso del astro vivificador.

Pero este estado de magnificencia y bienestar fué poco duradero; el globo de fuego cruzó las orgullosas cimas del Atlas, se arrojó repentinamente sobre la llanura é inundó cie-

lo y tierra de torrentes de luz. El aire perdió su frescura, desaparecieron los diamantes sembrados por la noche: las flores, como abrasadas por besos de fuego, cerraron sus pétalos para custodiar su perfume; las hojas volvieron á caer marchitas sobre sus tallos; las aves se refugiaron en los barrancos mas sombríos; calló el zumbido de los insectos y solo se oyó el rumor de nuestros pasos sobre la arena.

Después de recorrer la vertiente de Terny llegamos al Mansourah, donde habíamos decidido hacer alto. El calor era sofocante.

El Mansourah ó literalmente «de la victoria,» es un vasto campamento sarraceno que se remonta á una época muy remota. Sus murallas, sólidamente construidas, de ocho metros de altura y tres de espesor y adornadas de almenas y torreones, encierran una superficie de cerca de trescientos mil metros; el tiempo no ha dejado aun impreso en ellas su sello destructor, y la hiedra, asilo de mirlos y estorninos, las tapiza con un verdor permanente sobre el color dorado que dá un sol siempre ardiente á los monumentos de piedra. Solo se ven dos puertas que caen al norte y al meridiano.

En medio del inmenso recinto, cubierto de una vegetación rica y vivaz, se alza una mezquita, la mitad en pie, y la otra mitad en escombros. La cúpula elegante y altiva, el alminar esbelto, cuya aguja taladra el firma-

mento, y toda la parte interior están intactos, y parecen recién contruidos, en tanto que la parte posterior no es mas que un monton de ruinas. La separacion es tan notable que cualquiera creeria que era debida á uno de aquellos fabulosos mandobles con que las espadas de los antiguos paladines cortaban de un tajo los montes.

La arquitectura de los vestigios del monumento es sarracena; presenta en su ornamentacion el pintoresco y paciente trabajo que sabe transformar las piedras en encajes; por todos lados se ven festones tan delicados que parece que va á quebrarlos el soplo de los vientos, arabescos caprichosos y fantásticos que desde las columnas y pilastras se encaraman hasta las cornisas, y cornisas en los arcos que sostienen la cúpula y la enlazan con repliegues extraños y complicados.

Plantas parásitas han invadido los encornisamientos donde ostentan su verdor matizado y sus formas caprichosas. La adelfa, el madroño, el cactus, el lentisco, el mirto y los arbustos mas preciosos y variados, entre los cuales brillan flores silvestres, llenas de perfume y colores, forman en derredor de la mezquita deliciosos jardines; pero tened cuidado de penetrar en ellos, pues tan hermosos albergues encierran huéspedes peligrosos, serpientes, culebras, escorpiones, lagartos y otros mil repugnantes reptiles.

No lejos de las ruinas, brota una fuente clara y fresca en medio de un césped matizado de lindas florecillas; le hacen sombra una enorme higuera y algunas palmas; convólvulos y clemátidas abrazan con su flexible tallo el tronco de la higuera y van á enlazar sus ramas, desde donde el soplo de la brisa ondea sus guirnaldas de campanillas azules y encarnadas. Este sitio está impregnado de una frescura cuyo encanto se aprecia doblemente bajo los rayos de fuego que lanza el sol desde el firmamento.

Cuando llegamos á la fuente, un árabe estaba haciendo sus abluciones, lo cual nos puso de mal humor.

—¿Por qué enturbias, infiel, dijo mi compañero, el agua que ha de apagar nuestra sed?

—Compañeros y amigos, respondió el hijo del profeta, dignaos perdonarme; si yo hubiera llegado á prever que caballeros tan distinguidos habian de venir á descansar aquí para evitar el calor, hubiese bajado á la corriente.

Dijo, y salió del agua.

Mi amigo no tenia intencion de molestar al pobre árabe, pues era muy bien educado para hacerlo, y al verle tan atento y humilde, trató de enmendar su intempestiva dureza, y le invitó á participar de nuestras provisiones luego que hubiera acabado de cumplir con sus deberes religiosos.

Mientras esperábamos al convidado y Octavio refrescaba el hocico y los ojos de nuestros perros con una esponja empapada en agua, yo puse en la corriente los frascos que contenian el vino y el aguardiente, y despues extendí nuestras provisiones de boca debajo de la higuera donde nos sentamos protegidos por su ancho y espeso ramaje.

No tardó en llegar el árabe, pero como fiel observador de las leyes del Corán y de la sobriedad, no quiso comer mas que un pedazo de pan acompañado de otro de queso que no aceptó hasta que hubo preguntado si contenia mantequilla de cerdo.

Terminada la comida encendimos las pipas.

—¿Cómo te llamas? pregunté al africano.

—El Adj-Ben-Áli, me respondió.

—¡Ah! dije yo, ¿eres un notable peregrino de la Meca? Si no me engaño, El-Adj es un titulo de nobleza que has ganado con tu visita al sepulcro del profeta.

—En efecto.

—¿Cuál es tu estado?

—Soy taleb.

—Tanto mejor. Ya que eres un sabio, pues si no me equivoco, taleb significa *literato* y *erudito*, debes saber la historia de esa mezquita arruinada.

—Ciertamente, la sé, muchas veces la cuento á los hijos de nuestros desiertos para demostrarles el poder de Dios en su bondad así como en su cólera.

—En ese caso, reúne tus recuerdos, y cuéntanosla si te place como lo haces á tus correligionarios, pues estoy muy deseoso de escucharla.

—Voy á satisfacer tu curiosidad.

Despues de haberse arrellanado sobre el césped, El-Adj-Ben-Áli se pasó la mano por la frente como para refrescar la memoria, aplicó sus afilados dedos sobre la espesa y lustrosa barba, y despues de haber chocado tres veces su lengua contra el paladar, según acostumbran los árabes antes de principiar un discurso, dijo así:

—«Beckri! beckri! bececkri! Hace mucho tiempo! mucho tiempo! muchísimo tiempo! un sultan del Sodan que abrigaba la pasion de las conquistas cruzó el desierto, invadió este territorio que los cristianos llamais la provincia de Oran, y vino á acamparse en el mismo paraje donde nos hallamos.

«Aquel sultan mandaba un ejército numeroso y formidable, y tenia intencion de rendir á Tremecen, ciudad en aquel entonces considerable y rica donde prosperaban el comercio y las artes.

«Pensaba añadir casi sin resistencia este hermoso diamante á los demás florones de su corona, pero se frustró tan halagüeña esperanza, pues sus ataques fueron rechazados con vigor y se vió obligado á poner un sitio formal.

«Tremecen era en aquella época formidable por sus murallas y estaba bien custodiada; así lo demuestran las antiguas puertas y los restos de las fortificaciones que se alzan en el día á dos kilómetros de sus muros. No habia doblegado aun la cerviz bajo el yugo de ningun vencedor; la llamaban la Virgen, y su reputacion, al mismo tiempo que inspiraba gran confianza á sus habitantes, redoblabá su valor.

«De modo que todos los esfuerzos del sultan se estrellaban contra la energia de los sitiados y contra los peñascos que sirven de pedestal á la ciudad.

«Conociendo el sultan la superioridad de sus adversarios, resolvió rendirlos por hambre, con cuyo objeto puso un bloqueo riguroso.

«Pero no por eso dejó de temer que se liciese esperar la capitulacion, y con la idea de evitar las sorpresas enemigas, se atrincheró en su campamento del modo formidable que aun estais viendo.

«Los sitiados seguian tan animosos como si tuvieran expeditas las comunicaciones, y todas las noches se oia en la ciudad el sonido de las flautas y tamboriles anunciando que se entregaban al júbilo y á las diversiones.

«Hacia un año que duraba el bloqueo, y el sultan no habia adelantado un paso en su conquista, de modo que empezaba á fastidiarse, y con frecuencia iba acompañado de una corta escolta á situarse en la cima de un peñasco que dominaba la ciudad, desde donde, lanzando sus ojos hácia el objeto que codiciaba, examinaba los progresos de sus operaciones.

«Estas visitas le daban á veces terribles tentaciones de levantar el campo, y sin duda alguna hubiera tomado este partido á no haber mediado una rara circunstancia.

«Un día, hallándose en su punto de observacion, mas desanimado que nunca, vió de pronto á cien palmas debajo de él, al través del espeso ramaje de un bosquecillo de mirtos y adelfas rodeado de peñascos, una hermosa jóven sin velo que jugueteaba alegremente con un enorme leon. El formidable animal se sometia á todos los caprichos de la graciosa niña, y se alejaba y volvía, obedeciendo su voz como un manso perro.

«La hermosa y el leon formaban un cuadro delicioso de maravillosa originalidad; era muy interesante en efecto aquella intimidad que formaba la alianza de la gracia y la fuerza.

«El sultan lleno de admiracion y temor, los miraba sin atreverse á moverse ni á respirar; un encanto inexplicable le sojuzgaba, y temia que su presencia desvaneciera tan graciosa y terrible aparicion.

«La hermosa jóven dijo de pronto á su compañero de diversion:

«—Cómeme!

«El monstruoso animal abrió sus fauces in-

mensas, dejó ver sus horribles dientes, y ella hundió sonriendo su lindo brazo desnudo en el espantoso orificio.

«El sultan, vencido por el terror y creyendo ver á la encantadora jóven devorada por la terrible mandíbula, no pudo contener un grito que hizo volver la cabeza rápidamente á la niña, la cual mas asustada que el indiscreto, se cubrió con su velo y montó sobre el leon que la llevó asida á sus melenas hácia una poterna con la velocidad de un caballo á galope.

«Abrióse la poterna, entraron por ella los dos fugitivos, volvió á cerrarse y desapareció la vision dejando extático al sultan.

«Hubiera creído este que aquello era un sueño si uno de sus tenientes, que permanecia con respeto algunos pasos detrás de él y que habia presenciado tambien la maravillosa aventura, no lo hubiese afirmado.

«El sultan volvió á su tienda locamente enamorado.

«Incesantemente le perseguia la encantadora vision, y ya no pensaba en levantar el sitio, sino que por el contrario anhelaba conquistar á Tremecen á cualquier precio, y juró que la conquistaria aunque debiese pasar muchas lunas delante de sus puertas.

«Deseando entonces granjearse el omnipotente apoyo de Alá, imaginó mandar construir en su campamento una mezquita que sobrepusase en magnificencia á los mas preciosos edificios de su clase, á donde los fieles irian todos los días á implorar el auxilio de Dios y del profeta.

«Apenas concibió este designio cuando lo publicó mandando que se presentasen en su tienda todos los artifices capaces de ejecutarlo.

«Se presentaron dos arquitectos, uno moro y otro israelita, y cada cual presentó su plan. El sultan examinó los dos y los juzgó necesarios para la construccion de la mezquita, mandando al árabe que edificase la parte anterior y al judío que se encargase de la otra parte, y añadiendo que uno y otro serian remunerados segun su trabajo.

«Los arquitectos pusieron manos á la obra, y ayudados por millares de trabajadores, el edificio se alzó como por encanto. Aun no habian transcurrido diez lunas y la mezquita estaba ya terminada. Vióse entonces su cúpula de forma esferoidea desprenderse vaporosa hácia el azul del cielo, y perderse en el espacio su alminar de ocho caras, bordado de finos encajes de piedra.

«Era una obra de arquitectura magnífica, adornada con todas las coqueterias del arte: dos filas de columnas suntuosas ceñian el semicírculo con un cinturón de pórfido, y ligeras pilastras de jaspe incrustadas de oro y cubiertas de adornos sostenian una elegante cornisa de mármol verde que rodeaba todas las paredes. El edificio resplandecia interior y exteriormente con cinceladuras delicadas, graciosos y multiplicados dibujos y ornamentos que parecian salidos de manos de las hadas. Nada se habia omitido para hacerlo digno del sagrado objeto á que estaba destinado, y sus restos demuestran su primitivo esplendor.

«El sultan inauguró la mezquita con gran pompa, acompañado de los marabuts, derviches, imanes, muezines y jefes del ejército. Seguiante tambien los dos arquitectos, orgullosos de su obra. El sultan quedó maravillado de las bellezas del conjunto y de los detalles del edificio, y deseando manifestar su satisfaccion al arquitecto musulman despues de la ceremonia, se volvió, y viendo al judío al lado de su compañero, frunció las cejas y sus labios palidieron de cólera.

«—Estoy contento de tu obra, dijo al moro.

«Y mandó que en el acto le entregasen un gran número de bolsas como recompensa prometida á su genio.

«Despues se volvió hácia el judío, que gozoso palpaba con ávidos ojos el oro de su colega y esperaba igual munificencia, y añadió:

«—En cuanto á tí, infiel, que has osado mancillar con tus piés profanos el santuario al consagrarlo á sus piadosos usos, mereces el último suplicio, y debiera arrancarte ahora mismo la vida, pero estoy satisfecho de tu trabajo y te permito una probabilidad de sal-

vacacion. Van á encerrarte en el alminar, y arréglate como puedas para salir pronto, pues ¡por el profeta! que caerá tu cabeza si estás aun allí cuando la luna muestre su creciente.

»Semejante probabilidad era una irrisión. El pobre israelita fué conducido al angosto balcon del muezin, y cerraron la puerta con sendos cerrojos.

»Al mirar desde aquella altura en el espacio, los hombres le parecían enanos, y se convenció al instante de que no teniendo alas como las aves no había medio de arrojarse desde el alminar sin hacerse pedazos; es preciso confesar que no se necesitaban grandes esfuerzos de inteligencia para sacar esta conclusión.

»El hijo de Jacob no se entretuvo en meditar acerca de la extraña recompensa que recibía por su trabajo, y ayudado por su ingenio, suplicó que le trajesen plumas, cañas, cera, alambre y todo lo que necesitaba para fabricarse unas alas. Cuando llegó la noche, un poco antes de aparecer el disco lunar, estaba terminado su aparato locomotor.

»Se lo ató á los hombros y se lanzó al espacio.

»Durante algunos segundos se sostuvo volando de un modo grotesco, pero siendo las alas demasiado débiles para ustentar el peso de un hombre, y por otra parte mal construidas, se desarreglaron, y el desventurado judío cayó cerca de aquí en ese barranco donde se rompió el cráneo.

»Su último grito fué una imprecación contra Alá y contra el profeta.

»Apenas exhaló la blasfemia, oscurecióse el cielo, tembló la tierra, el rayo surcó las nubes y cavó con estruendo sobre la parte del templo construida por el hebreo, la cual, separada de la otra con violencia, se desplomó en un instante, y ambas han quedado al través de los siglos, la una en pie y la otra destruida, para probar que Alá, cuyo poder es infinito, extenderá siempre su protección sobre las obras de los verdaderos creyentes y destruirá las de los infieles.

»La hermosa doncella, de quien se había enamorado el sultan, se llamaba Djiri, y era hija de un rico comerciante llamado Bas-el-Lain. Decían que estaba inspirada por Alá, y habían originado esta creencia su extraño carácter y sus singulares hábitos.

»Siendo Djiri aun muy niña, un día su hermano Baz-el-Lain le trajo un leon de leche que ella crió con solícito cariño, y la niña y el rey del desierto crecieron unidos por un afecto mutuo é inalterable, con el afecto que enlaza la inteligencia con la fuerza. Y este cariño era tan intenso, que el leon parecía estar celoso de su compañera. Durante el día no se separaba de ella y por la noche se echaba á la puerta del harem. Al verle seguir á su terna ama, recostarse á sus pequeños piés y lamérselos, saltar gozoso en torno de ella, suavizar su mirada, dilatar sus narices y estremecerse de placer cuando le acariciaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de ella. Nunca los caprichos despóticos de la niña le excitaron ni aun asomos de ira.

»Djiri, hija mimada de su padre, que la dejaba segura bajo la custodia del leon, gozaba de la mayor libertad, vagaba por todas partes seguida de su centinela, y con frecuencia saltaba sobre el lomo del gigantesco animal, se asia de sus largas crines, y el leon le llevaba con velocidad, ya al través de los bosques, ya al desierto, ó bien á las orillas de uno de esos lagos de cristalinas y profundas aguas, rodeados de verdes árboles y reflejando en las ondas la luz deslumbradora del sol, que les dan el aspecto de una inmensa lámina de oro circundada de esmeraldas.

»La débil niña veía temblar y huir á hombres y animales, y yacía en la soledad mas profunda. Si el simoun ahogaba, su montura inteligente la llevaba á la margen del agua. Djiri, vencida por el cansancio y el calor, se recostaba en el césped á la sombra de los azufifos; la brisa del lago la abanicaba con su soplo embalsamado, y no tardaba en cerrar sus largos párpados, mecida por el blando murmullo de las ondas que espiraban en la arena y por el canto del bulbut colgado de las ramas de un limonero.

»El leon se sentaba á su lado despues de haber apagado su sed, y velaba su sueño, y cuando se acercaba el crepúsculo, la llevaba otra vez á su casa.

»Djiri se desarrolló en medio de esta vida activa, y con el contacto de una naturaleza virgen, embellecida con todos los encantos y embalsamada con todos los perfumes nativos, adquiriendo una imaginación robusta y espléndida; y aunque habia conservado su carácter dulce y generoso, alcanzó al mismo tiempo que las gracias corporales y la perfección de las formas, una energía y un vigor que parecían emanados del leon. Bajo su exterior delicado y gracioso habia una alma de buen temple y sus miembros de niña ocultaban nervios semejantes á resortes de acero.

»Se habia acostumbrado de tal modo á sus paseos lejanos, que el bloqueo de la ciudad le causaba el mayor pesar, y era para ella una dolorosa privación no poder recorrer los bosques donde los naranjos sacuden su cabellera de nieve perfumada, ni respirar el fresco delicioso de los oasis tras una rápida carrera por la arena abrasadora, ni ver huir aterrados al leopardo y la pantera, ni bañar sus piés en las aguas cristalinas de los lagos que le servian de espejos, ni subir las escarpadas faldas de los montes arrebatada por su rápida montura, ni recoger flores silvestres en las cimas de los collados.

»El leon parecia igualmente cansarse de la vida retirada que le habia impuesto el enemigo, lo cual expresaba con espantosos mugidos; de modo que por no perder enteramente sus hábitos, cuando su hermano estaba de guardia en la poterna que caía á espaldas de la ciudad, Djiri iba á pasearse al bosquecillo rodeado de peñascos donde el sultan la sorprendió para mayor desgracia de los sitiados.

»Este acontecimiento obligó á la jóven á renunciar á sus ya limitados ejercicios.

»En tanto el sultan seguia empeñado en rendir á Tremecen; pero sus provisiones sobre una rendición tardía se realizaban por su desgracia, pues hacia siete años que estaba bloqueada la ciudad, y á no ser por el amor que le habia detenido tanto tiempo, hubiera abandonado un sitio tan poco afortunado, durante el cual se habian rebelado varias veces sus tropas, privadas de todo lo necesario y deseosas de regresar á su patria.

»Por otra parte, los sitiados continuaban defendiéndose con heroismo; aunque el monstruo de la miseria empezaba á extender sus garras de acero y les diezmaba toda clase de enfermedades, conservaban su energía, y para ocultar su triste situacion, hacian resonar con mas ahinco y alborozo sus flautas y tambores.

»No obstante, llegó un momento en que la calamidad fué insufrible, y el hambre devoraba todos los estómagos y la desesperacion bramaba en todos los corazones. Era general la consternacion; los infelices bloqueados se arrastraban por las calles lívidos y flacos como espectros. Tremecen no podia resistirse mas.

»Reuniéronse en consejo los talebs, los santos marabuts y los ancianos.

»Estaban deliberando acerca de los medios de rendir la plaza con condiciones menos desventajosas, cuando se presentó en el consejo Djiri con los ojos azorados, la boca contraída, los cabellos en desórden, pero hermosa de indignacion, y les dijo con voz inspirada:

»— Sé que os habeis reunido para tratar de la rendición de la ciudad. ¿Cómo habeis podido concebir la idea de semejante cobardía siendo tan sabios y experimentados? ¿Acaso por conservar vuestra vida? Si os hallais en el último invierno, si mañana bajareis quizás al sepulcro ¿qué os puede importar la existencia? ¿Lo haceis por el interés de vuestros hijos? Pensad que vais á hacerlos esclavos de desapiadados vencedores, enonados con la tenaz resistencia. ¿Cómo! ¿permitireis que vuestras hijas y esposas sirvan de instrumentos de placer al feroz enemigo? No, no lo quereis, es imposible que accedais á tan doloroso sacrificio. Seria un crimen odioso que mancillaria vuestra memoria, porque imprimiria sobre la frente de vuestra descendencia el sello de la infamia. No admitís á las mujeres en el consejo, pero

escuchareis la voz de Djiri, pues sus palabras vienen del cielo, y Dios que la inspira la envia á vuestra presencia.

»Este discurso produjo profunda impresion en la asamblea; se veneraba á Djiri como inspirada y sus palabras tenian un tono patético, pero la miseria era tanta y tan imperiosa que los mas animosos vacilaban.

»La jóven añadió al ver su irresolucion:

»— Tened paciencia durante tres dias, y os respondo en nombre del Altísimo y de su profeta, que hablan por mi boca, de que, pasado este plazo, el enemigo alzará sus tiendas y desaparecerá por fin en los confines del desierto.

»El plazo reclamado por Djiri era tan corto que accedieron á sus deseos.

»La santa y patriótica jóven empezó entonces á recorrer la ciudad en busca de un becerro; pero como hacia mucho tiempo que en Tremecen se habian comido los caballos, los perros y los ratones, y devoraban ya el cuero de las botas y las suelas de las habuchas, el único animal vivó era el leon de Djiri que subsistia á expensas de los numerosos cadáveres humanos insepultos y porque nadie se atrevia á acometerlo, de modo que la jóven tenia poca probabilidad de hallar el objeto que buscaba. No obstante, guiada sin duda por la Providencia, llegó á descubrir un becerro muy gordó que ocultaba un viejo avaro.

»Se llevó á su casa el animal, despues recorrió la ciudad recogiendo los granos de cebada y de trigo olvidados en las rendijas de los muebles que lo habian contenido, los puso á remojo para que adquirieran mayor volumen, se los hizo tragar al becerro sin que los mascase, y sacándolo fuera de las murallas, lo ahuyentó hasta un prado inmediato.

»Los sitiadores descubrieron sin tardanza el precioso animal, que se apresuraron á enviar al sultan, quien, tan asombrado al ver semejante muestra de las subsistencias de la ciudad bloqueada como gozoso de poder regalarse con carne fresca, mandó que lo matasen al instante en su presencia. Pero llegó al colmo su sorpresa cuando al abrir el estómago del becerro salieron en gran cantidad granos de cebada y de trigo hinchados, lustrosos y de color de oro.

»Todos los circunstantes experimentaron igual sorpresa, y difundieron la noticia que recorrió el campamento con la rapidez del relámpago.

»El descontento general estalló entonces con mas violencia que nunca; jefes y soldados dijeron sin embozo y en alta voz, que los sitiados no eran tan dignos de lástima como ellos; que indudablemente tenian víveres en abundancia, pues que alimentaban su ganado con provisiones que hubieran deseado poseer los sitiadores, y pidieron con ruidoso clamoreo el regreso á su pais.

»El sultan, vencido por la estratagema de Djiri, dió orden de levantar el sitio, y aquella misma noche empezaron á recoger los bagajes y á partir.

»Dos dias despues, Tremecen estaba libre de sus enemigos y abria sus puertas en medio de las aclamaciones de la multitud que se separó por la campiña, llevando en triunfo á la jóven del leon.

»En circunstancia tan memorable los ancianos de la ciudad, apartándose de los usos musulmanes, declararon que Djiri ocuparia en adelante un asiento en el consejo, y le concedieron además el derecho de elegir libremente un esposo.

»La jóven renunció á tomar parte en las asambleas deliberativas, y únicamente se reservó la segunda concesion. Eligió por consiguiente á Rab-el-Lead, su vecino, jóven robusto y valiente que habia resistido todos los horrores del sitio, y se celebró la boda sin dilacion.

»El sultan, aunque habia abandonado el sitio de Tremecen, no renunciaba á su proyecto de apoderarse de Djiri; cuando llegó á la cima de los cercanos montes, confió el ejército á uno de sus tenientes, y volvió atrás acompañado de dos servidores de confianza, disfrazado de joyero y llevando en un cofrecillo todas sus piedras preciosas.

»Ocultó su caballo y su escolta en un espeso bosquecillo inmediato á la ciudad, y en

aquel mismo instante, el esposo de Djiri y todos los jóvenes amigos suyos hacían un simulacro de batalla delante de la recién casada, sentada bajo un dosel de verdura y rodeada de mujeres en el bosquecillo de mirtos y adelfas, donde el sultan la vió por vez primera.

»El fingido mercader se acercó á las mujeres haciendo brillar sus alhajas que fascinaron todas las miradas. Estaban ocupadas en contemplar aquellas maravillas del arte que tan bien les sentarian, y los brazaletes, los collares, los anillos y los pendientes pasaban de mano en mano absorbiendo su atención, cuando aprovechando el momento en que los hombres se habian alejado algunos centenares de pasos continuando su simulacro, el sultan se arrojó como una ave carnívora sobre Djiri, la arrebató con sus membrudos brazos y empezó á correr hácia donde estaba su caballo.

»Y en pocos segundos depositó su presa sobre el arzon de su silla, montó en su corcel y partió con la rapidez del simoun, seguido de su escolta.

»Los gritos de la desgraciada Djiri hacían llorar los cercanos ecos; las mujeres lanzaban confuso y doloroso clamoreo, y no se acordaban de las joyas que el fingido mercader habia dejado en sus manos; los jóvenes volvieron de su estupor profundo y se lanzaron tras las huellas del audaz raptor, pero llegaron demasiado tarde para arrancarle la presa: el sultan se hallaba ya á inmensa distancia y le veían desaparecer entre la nube de polvo que alzaban los piés de los caballos.

»Correr tras él era un acto de locura, pues los jóvenes no tenían monturas. Y además ¿cómo hubieran podido alcanzar el excelente corcel del sultan? Desistieron por consiguiente de un perseguiamiento imposible.

»Djiri estaba perdida sin remedio, y su desgraciado esposo, que la amaba con idolatría, se mesaba los cabellos con desesperación.

»Los caballos de los raptos cruzaban el espacio con celeridad prodigiosa; Djiri se habia desmayado; el sultan, embriagado de placer y creyendo segura su conquista, habia soltado las riendas para estrecharla mejor contra su pecho, é inclinado hácia la jóven, la contemplaba con delicia, sintiendo en su abrasada frente un suave y fresco aliento y el contacto de los sedosos cabellos que agitaba la brisa. Abismado en su éxtasis le parecia, como en un sueño fantástico en que la dicha presta alas, que recorria el espacio blandamente mecido en una nube de ámbar con los brazos enlazados en una hada.

»Pero se oyó de pronto un espantoso rugido.

»Los caballos se estremecieron al oír este grito formidable, hincháronse sus narices, erizáronse sus crines, y poseidos de loco terror, se encabritaron y se entregaron á los movimientos mas desordenados, como si la tierra que pisaban sus piés fuera de fuego.

»Los rugidos continuaron, y se acercaron saliendo de una nube de arena que corria como un alud, nube espantosa que iba tras ellos exhalando un estruendo parecido al trueno... Era el leon de Djiri, soltado por Baz el-Lain, y que perseguía á los raptos.

»La gigantesca voz del animal reanima á la jóven, que reconociendo á su defensor, reco-



Callaré, señor Amapola. (Pág. 246, col. 1.)

bra la esperanza, y el sultan, que teme por la vida de la que ama y quiere defenderla, salta de la silla empuñando el yatagan.

»¡Funesto heroísmo! el leon salta como un rayo desde el torbellino que le oculta, cae sobre el intrépido amante y le despedaza con frenesí. Dirigese entonces con tardo aliento y fruncidas aun de ira las cejas hácia la jóven, le presenta su lomo colosal, y Djiri monta sobre el leon que la restituye á sus amigos.

»Imposible fuera explicar la alegría que sintieron estos al ver volver á la jóven inspirada, y todos consideraron su libertad como señal evidente de la proteccion de Alá.

»Djiri fué desde entonces aun mas apreciada, y su esposo la dejó libre en sus acciones y no quiso tomar otras mujeres.

»Ambos fueron dichosos; Alá y el profeta bendijeron su union.

»El leon murió de vejez á su lado.»

Calló el taleb. Yo le dí las gracias y le supliqué que viniera á Tremecen á tomar café conmigo con frecuencia, pues deseaba que nuestra amistad no fuese pasajera.

EL PAJE FLOR-DE-MAYO.

POR M. PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion).

IX.

LA CONTESTACION DE M. DE LA VAUGUYON, GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE ANJOU.

Al silbido de Amapola, Flor-de-Mayo y el vizconde, que dormían vestidos en su cama, despertaron bruscamente y saltaron al suelo; luego abriendo el último la ventana echó una mirada...

—¡Oh! ¡oh! dijo á Flor-de-Mayo, alerta! caballero, alerta! algo hay de nuevo. Amapola no está solo.

Y tomando con una mano un candelero que los dos hidalgos habian dejado encendido, ciñóse la espada con la otra y se dirigió hácia la puerta que Flor-de-Mayo dejara entreabierta.

El meson tenia dos puertas: la una de dos hojas, sobre la cual pendia la tradicional rama de acebo, se abria directamente á la cocina, pieza importante del meson. Los marmitones y el cocinero, que se recogian cerca de sus hornillos, hubiéranse inevitablemente despertado si Amapola hubiese llamado á esta puerta.

Amapola detestaba el ruido.

La segunda entrada al meson era una puertecita falsa que daba á las cocheras y caballerizas y permanecía cerrada simplemente con el pestillo. El mesonero era el único que la guardaba; pero este, que dormia en el primer piso, habia cedido su aposento á los dos hidalgos y se subió al segundo, dejando su casa bajo la custodia de dos buenas espadas.

Amapola introdujo pues el prisionero por esta puerta.

El vizconde estaba de pié en lo alto de la escalera con una mano en el puño de su espada y teniendo en la otra el candelero para alumbrar.

Flor-de-Mayo habia bajado algunos escalones.

—Mi noble amo, dijo Amapola en voz baja, os presento el señor abate Fouquet, hermano del superintendente.

Flor-de-Mayo saludó.

Miróle el abate, quedando asombrado de la juventud del hidalgo de quien era prisionero.

—Sed bien venido, caballero, dijo Flor-de-Mayo, y dignaos aceptar nuestra hospitalidad. Es una mala posada, pero ya sabeis el proverbio: «La niña más hermosa del mundo...

—No puede dar mas de lo que tiene,» interrumpió el abate con una altiva sonrisa.

Y siguió á Flor-de-Mayo que entró en el aposento de los dos caballeros, quienes cerraron prudentemente la puerta.

Entonces el abate miró al vizconde y lanzó un grito de sorpresa.

—Vos aquí, Mailly! exclamó; ¡ah! entonces me explicareis lo que yo no puedo comprender, esto es, la inaudita violencia de que acabo de ser objeto. Evidentemente ha habido equivocacion.

Flor-de-Mayo se volvió hácia Amapola.

—¿Este caballero es el abate Fouquet?

—En cuerpo y alma.

—Entonces no hay equivocacion, replicó friamente el paje, mientras que el vizconde permanecía silencioso.

—Pero en fin, caballeros, insistió el abate Fouquet, ignoro con qué derecho ni á nombre de quién os atreveis á prender en medio de un bosque, como lo hacen los salteadores, á un hombre de mi calidad y de mi importancia.

—Caballero, contestó Flor-de-Mayo, no me toca absolutamente enteraros de esto; lo único que puedo deciros es que sois el prisionero de Flor-de-Mayo de Chastenay y del señor vizconde de Mailly que está presente.

—Os lo repito, caballero, continuó el abate, hay y debe haber equivocacion.



Con semejantes condiciones creo que nos entenderemos. (Pág. 246, col. 2.)

El vizconde movió negativamente la cabeza.
—Estais en un error, le dijo, pues sois vos á quien buscamos.

El abate estaba sumamente pálido, y en vano buscaba la clave de aquel terrible enigma, mirando tan pronto á Flor-de-Mayo como á M. de Mailly y á Amapola, quienes permanecían impassibles y sin pestañear.

Entonces abandonóse el abate Fouquet á su natural violento y fogoso.

—¡Ah! me deteneis! exclamó, y sabéis quien soy! Pues bien, desgraciados de vosotros, pues os haré prender á los tres!

—Caballero, respondió Flor-de-Mayo, guardaos de que os prendan antes á vos.

El abate se estremeció.

—Esto dependerá, añadió friamente el vizconde, de la importancia de los papeles que contiene esta escarcela.

El abate iba á desfogar otra vez su cólera, pero Flor-de-Mayo le detuvo con un gesto.

—Caballero, le dijo, sois mi prisionero, y os suplico que no me hagais repetir esta expresion tan poco agradable. Provisionalmente os servirá esta estancia de calabozo, y os doy mi palabra de honor de que seréis tratado con todo miramiento; somos nobles y sabemos todo lo que se debe al infortunio y á un hombre como vos. Pero, añadió el paje, debo preveniros, caballero, que no saldreis de este aposento; y que si alguien, ya sea el mesonero ó alguno de sus criados, llegase á entrar aquí, no podreis dirigirles una palabra, y que á la primera tentativa que hagais para pedirles socorro, me veré obligado á haceros saltar la tapa de los sesos.

—¿No sabéis pues, exclamó el abate fuera de sí, que hay cerca de este sitio, á algunas leguas de aquí, un ejército pronto á morir en mi defensa, una provincia entera que se levantará unánimemente al nombre de mi hermano? Tened cuidado!

—Caballero, replicó friamente el paje, sabemos todo eso.
—Yo mismo tuve el honor de visitar el castillejo de Ancenis, dijo en tono irónico Amapola que hacia un cuarto de hora ardía en deseos de meter su cucharada. Monseñor tiene un verdadero ejército de picadores á quienes sentaría lindamente una casaca de guardias.

El abate, viéndose adivinado, se mordió los labios.

—¡Ah! dijo, sabéis eso y os atreveis...
—Caballero, dijo Flor-de-Mayo, cuando se tiene el honor de servir al rey, evidentemente no se carece de valor ni de inteligencia. Por consiguiente, creo que no supondreis que si los futuros guardias del señor superintendente vienen á sitiar esta casa les abriremos las puertas sin resistencia. En segundo lugar, si la toma de la casa resultara inevitable, tendríamos buen cuidado de mataros antes de hacernos matar.

El abate no contestó.

A partir de este instante pareció resignado, obedeció sin despegar los labios á sus guardias, y se echó vestido sobre la cama de Flor-de-Mayo, en donde, sobrepujando el cansancio físico al tormento moral, acabó por dormirse con un sueño febril y lleno de las mas negras visiones.

Despertóse con el dia, y dirigiendo una mirada á su alrededor, vió á M. de Mailly sentado cerca de la ventana, en cuyo antepecho habia puesto un par de pistolas. El vizconde saludó al hermano del superintendente y le preguntó si habia dormido bien, añadiendo con una sonrisa cortés:

—Teniais suma necesidad de descanso, pero este es insuficiente si no le acompaña un confortativo mas sólido. ¿A qué hora quereis almorzar, caballero?

—Cuando gustéis, contestó el abate Fouquet con igual finura.

—En este caso á las diez, dijo el vizconde. El señor de Chastenay y yo seguimos la moda inglesa.

Flor-de-Mayo, que dormia en la cama del vizconde, se despertó á las nueve, saludó al abate, colocóse donde estaba M. de Mailly junto á la ventana y puso sus pistolas al alcance de su mano.

Respecto á Amapola, mientras el abate dormia y velaba el vizconde, habia estado algo ocupado.

Primeramente al subir á su cuarto oyó ruido y tos en la estancia del mesonero, y para evitar comentarios futuros entró en ella cerrando la puerta con cerrojo.

El mesonero era un hombre grueso, entrecanoso y molletudo que tenia un respeto pro-

fundo á los hombres de espada, por la sencilla razon que en otro tiempo habia sido bedel de la catedral de Tours, y que la vista de un arma de fuego ó la hoja desnuda de una espada le hacia morir de miedo. Acogió pues la visita de Amapola con respetuosa timidez, preguntándole humildemente el objeto de ella.

—¿Habeis oido algun ruido, maese Juan? dijo el escudero.

—Sí... creo... supongo que entrariais vos.

—Yo y un nuevo huésped, señor Juan.

El instinto de la codicia se despertó en el antiguo bedel.

—¿Un hidalgo? dijo.

—A poca diferencia.

—¿Rico?

—Sí, señor, y conocido de mi amo.

—Pues bien, estad tranquilo, señor Amapola, nosotros le cuidaremos.

—Por eso me he tomado la molestia de despertaros, querido señor Juan.

—¿Debo levantarme? ¿es necesario prepararle la cena? Esperad, señor Amapola, esperad! dentro tres segundos estoy con vos.

—No os movais, maese Juan. Ese hidalgo ha cenado ya.

Amapola guiñó el ojo y miró al mesonero.

—¿Sois discreto? preguntó.

—¡Ah! hizo aquel indignado por semejante pregunta.

—Los hombres de vuestra profesion deben serlo, prosiguió Amapola, y mas cuando hay cien luises para pago de su discrecion.

Los ojos de maese Juan deslumbrado brillaron como dos carbunclos.

—Y que en seguida, concluyó Amapola lo mas tranquilamente del mundo, está persuadidísimo de que si desprecia los cien luises se le atravesará el cuerpo con una espada ó con un pistoletazo.

El antiguo bedel se estremeció hasta la medula de los huesos.

—Pues bien! prosiguió el sargento, quiero confiaros un secreto, maese Juan. El hidalgo de quien os he hablado no es hidalgo.

—¿Será pues un arrendador de alcabalas y contribuciones públicas? balbuceó el huésped temblando aun.

—Nó, es una mujer.

—Una mujer! repitió el huésped en un tono que se esforzó en volver jovial.

—Una hermosa dama que ha encontrado mas joven y bello al caballero Flor-de-Mayo que á su viejo marido.

—Y que ha venido á reunirse esta noche, ¿no es cierto?

—Precisamente. Y ya comprendereis, maese Juan, que cuando tres personas poseen un secreto, el secreto deja de serlo. Si alguno de vuestros criados llega á saberlo, esta misma noche lo sabrán todos los del meson, mañana el pueblo entero de Ingrande, y dentro ocho dias será la crónica de la provincia.

—Calla, señor Amapola.

—Desde hoy dejareis de entrar en el cuarto de mi amo. No mirareis por el ojo de la llave, y si queréis creerme no escuchareis tampoco á las puertas. A este precio mi espada no saldrá de la vaina.

—¡Hum! murmuró el antiguo bedel á quien la palabra espada produjo otro estremecimiento, ¿y los cien luises?

—Los tendreis á nuestra partida.

—Está bien, señor Amapola, seré mudo como una tumba.

—En este caso adios y buenas noches.

Y Amapola se fué dejando al mesonero entregado á esta perspectiva en partida doble de ver su cuerpo atravesado de una bala ó de ganar cien luises.

Diez minutos despues, y cuando iba á acostarse, oyó resonar los pasos de un caballo en la puerta de la caballeriza. Era Pepe que habia desempeñado su mision y regresaba de Angers al galope, trayendo una respuesta verbal á Flor-de-Mayo.

La contestacion estaba concebida en estos términos, que Pepe repitió textualmente:

«El gobernador de Angers saluda á su primo Flor-de-Mayo y va á mandarle con que pagar sus deudas.»

Amapola bajó, ayudó á Pepe á llevar su caballo á la caballeriza, despues de lo cual le condujo á veinte pasos del meson, á campo raso, y cuando Pepe le hubo transmitido la contestacion de M. de la Vauguyon, le dirigió el siguiente discurso:

—Amabas mucho á tu hermano Aventurino, ¿no es verdad, amigo Pepe?

—¡Oh! hizo el italiano levantando sus ojos al cielo.

—¿Y deseas vengarle?

—Mas que conservar mi vida!

—Pues bien, es preciso servir fielmente á M. de Chastenay, y él te ayudará.

Una amarga sonrisa que, gracias á la noche, escapó á la perspicacia de Amapola, crispó los labios de Pepe.

—¿Y qué es preciso hacer para eso? preguntó.

—Mañana te lo diré. Ahora vete á dormir.

Pepe se fué haciendo la siguiente reflexion: —Este viaje que acabo de hacer á Angers, esta expedicion misteriosa, este capricho del caballero en establecerse en un mal meson, en fin, la perspectiva que me ha hecho entrever Amapola de un combate en el cual habrá golpes que dar y que recibir, todo esto me hace sospechar que el asesino de mi hermano juega una gran partida; si yo supiera la apuesta le venderia en seguida. ¡Oh! así vengaria á Aventurino!

Si Amapola hubiese sorprendido la sonrisa que pasó entonces por el semblante pálido del italiano, hubiérale clavado en la frente la bala de su pistola.

(Se continuará.)

EL CORAZON FRIO,

FOR LA SEÑORITA ELISA TOURANGIN.

(Continuacion.)

Miguel le respondió:

—El corazon de mármol es de una frescura muy agradable. ¿Y por qué ha de tener calor el corazon? ¿Te ahorra en el invierno de ir bien embozado en una capa y de beberte sendos vasos de kirsch? Y en el verano cuando el calor sofoca ¿cuán precioso no es entonces un corazon frio? Y además, ya te he dicho

que no tendrás pesares, inquietudes ni necia compasion por nadie.

—¿Y á eso se reduce todo lo que podeis darme? preguntó Pedro con enfado. Confiaba en que me dariais dinero y me ofreciais un pedazo de piedra.

—Paciencia, amiguito, paciencia! creo que tendrás bastante con cien mil florines para empezar, y si sabes aprovecharlos, pronto serás millonario.

—¡Cien mil florines! exclamó el pobre Pedro alborozado: con semejantes condiciones creo que nos entenderemos! Buen Miguel, dame el dinero y la piedra, y llevaos al mismo tiempo un corazon que solo sirve para acarrearme disgustos.

—Ya me figuraba que eras joven de talento, respondió el holandés sonriendo graciosamente. Bebamos antes y al instante te entregaré el dinero.

Entraron en la primera sala y fueron tantos y tan llenos los vasos que apuraron, que Pedro se quedó reclinado en la mesa y sumido en profundo sueño. El ex-carbonero se despertó á los alegres sonidos de una corneta de postillon, y se halló blandamente sentado en los cojines de un hermoso coche que corria por la carretera al trote de robustos caballos. Asomó la cabeza por la portezuela y vió á lo lejos detrás del carruaje el bosque cuyo color azulado se confundia ya con el cielo. No podia creer en un principio que fuese él quien estaba en aquel coche, porque su traje no era el que llevaba el dia anterior, pero se recordaba tan bien de cuanto habia pasado, que despues de un instante de reflexion exclamó:

—Si, sí; soy yo... Pedro el carbonero!

Se asombró de no sentir pesar alguno al lanzar una mirada á la pacífica comarca donde siempre habia vivido y á aquellos hermosos árboles que le dieron un albergue en su infancia, y ni aun la memoria de su madre que dejaba abandonada en la miseria, logró hacerle brotar siquiera una lágrima. Todo le era ya indiferente!

—En verdad, exclamó, que no siento tristeza ni pesar de alejarme de mi país. ¡Cuán cierto es que los suspiros y las lágrimas proceden del corazon! Doy gracias á Miguel por haberme dado uno frio é insensible.

Llevóse la mano al pecho; estaba tranquilo y ningun movimiento lo agitaba.

—Si ha cumplido su palabra en cuanto á los cien mil florines, pensó, ya puedo alegrarme.

Y principió á inspeccionar el carruaje. Encontró en sus bolsillos algunos miles de thalers y cartas de crédito para las principales casas del comercio de todas las grandes ciudades.

—Soberbio! tengo ya cuanto deseaba.

Dijo, y recostándose cómodamente en un rincón del coche, continuó su viaje.

Corrió el mundo durante dos años mirando desde su carruaje las casas á derecha y á izquierda, y no examinando mas que la enseña de las posadas cuando se paraba. Visitó muchas ciudades donde hacia que le enseñasen los objetos curiosos, pero nada le divertia ni podia arrancarle un sentimiento de admiracion; su corazon no tomaba interés por nada: cuadros, monumentos, teatros, música y baile eran para él cosas indiferentes, y sus oidos y sus ojos estaban cerrados para todo lo bello. Solo le quedaba un placer, el de comer y beber, de modo que vivia sin objeto, corriendo mundo, comiendo para distraerse y durmiendo por fastidio. Algunas veces se acordaba sin embargo de que era mas feliz y estaba mas alegre cuando era pobre y tenia que trabajar para ganarse la subsistencia: de que en otro tiempo le encantaba el aspecto de un florido y umbroso valle, de que formaban su delicia la música y el baile, y le parecia de un gusto exquisito el toscó alimento que su madre le llevaba al bosque. Cuando se le representaba de esta suerte la imagen de lo pasado, se admiraba de que la risa no acudiese á su rostro, siendo así que la mas necia graciosidad le hacia en algun tiempo prorumpir en locas carcajadas, y si alguna vez reia era con la punta de los labios y únicamente por política, pero jamás desde el fondo de su corazon. Se sentia tranquilo en todas las ocasiones pero nunca contento, y volvió por fin á su patria, no por

nostalgia ni por tristeza, sino porque estaba fastidiado y harto de una existencia vacía de alegría y de placer. Cuando al salir de Estrasburgo vió á lo lejos los bosques sombríos donde habia vivido tantos años, y volvió á contemplar por vez primera las formas atléticas y los rostros francos y risueños de sus compatriotas, se aplicó la mano al corazon, porque su sangre circulaba con mas rapidez y creyó que iba á llorar y á regocijarse al mismo tiempo; pero ¿cómo era posible? ¿no tenia el corazon de piedra? ¿y no son acaso insensibles é inertes las piedras?

Su primera visita fué para Miguel, que le recibió como un antiguo amigo.

—He viajado mucho, le dijo Pedro, y he visto muchas cosas, pero os juro que el viajar es un pasatiempo muy tonto, porque solo he hallado fastidio y no traigo mas que repugnancia. El corazon de piedra me preserva de ciertos males, convengo; jamás me encolerizo ni me entristezco, pero tampoco me alegra nada y estoy como si viviera á medias. ¿No podriais dar un poco de vida y sensibilidad á mi corazon? Si no es posible, devolvedme el otro al cual estaba acostumbrado veinte años hacia, pues aunque algunas veces me hacia malas partidas, era cuando menos un corazon franco, abierto y alegre.

Una sonrisa maligna brotó de los labios del espíritu de los bosques.

—Lo recobrarás cuando hayas muerto, respondió; entonces entrarás otra vez en posesion de tu débil y sensible corazon, y segun lo que te suceda, sentirás alegría ó dolor, pero ya no puede pertenecerte en este mundo. Has viajado, pero el sistema de vida que seguias de nada podia servirte. Establécete aquí en el bosque, edifica una casa, cástate, emplea lucrativamente tu dinero, y créeme, lo que te falta ahora es ocupacion. Te fastidias porque estás ocioso y echas la culpa á tu corazon que es inocente.

Pedro pensó que tal vez Miguel tenia razon y resolvió trabajar en lo sucesivo para hacer fortuna; Miguel le regaló además doscientos mil florines, y se separaron como buenos amigos.

Pronto se esparció por la selva la noticia de que Pedro habia vuelto mas rico que antes. Sucedió entonces lo que sucede comunmente; cuando estaba casi reducido á mendigar, le arrojaron ignominiosamente; pero cuando se presentó por primera vez en la taberna un domingo por la tarde, todas las manos estrecharon la suya, todos elogiaron su caballo y le hicieron preguntas sobre sus viajes, y cuando le vieron jugar y sacar brillantes monedas de oro del bolsillo, creció de punto el aprecio y la consideracion general.

No quiso continuar el oficio de vidriero; abrazó el de tratante de maderas, pero solo en apariencia, porque su principal negocio consistia en el comercio de granos y los préstamos. Poco á poco llegó á tener entre sus uñas á la mitad de la poblacion; prestaba dinero al diez por ciento y vendia el grano á los pobres que no podian pagar al contado á un precio triple del que se daba en el mercado. Estaba enlazado con la mas estrecha amistad con el juez, y si alguno no pagaba al señor Pedro Munk en el plazo señalado, el juez se presentaba al momento con sus esbirros, embargaba, vendia y arrojaba de sus hogares á los pobres deudores sin respetar sexo ni edad, ni compadecerse de llantos ni de súplicas.

En un principio Pedro sentia un vago remordimiento, porque los pobres expulsados asediaban su puerta, con la esperanza de enternecer su corazon de piedra; pero cuando se hubo proporcionado excelentes perros de presa, cesó al momento la algarabía infernal, segun él decia. Llamaba á los perros con un silbido, los azuzaba y despues los soltaba contra los mendigos que huian lanzando gritos de dolor y espanto.

Lo que mas le incomodaba era la vieja, que era el nombre que daba á su propia madre. Sumida en la mayor miseria cuando vendieron los bienes de su hijo, se alegró viéndole de regreso, pero Pedro hizo tanto caso de ella como de un extraño y ni siquiera le dió albergue en su casa. La pobre anciana iba de vez en cuando á su puerta, agobiada por el ham-

bre y las dolencias, á pedir un pedazo de pan, pero no se atrevía á pasar adelante porque también para ella estaban destinados los perros. Aflijábase de tener que subsistir de la caridad de algunas almas piadosas cuando su hijo debía asegurarla una existencia pacífica y feliz; pero aquel corazón frío no se enternecía á la vista de sus facciones alteradas por los padecimientos, de sus miradas suplicantes ni de la marchita y arrugada mano que trémula le tendía implorando una limosna. Todo lo mas que hacia era sacar del bolsillo con ademán adusto una moneda de infimo valor y enviársela por un criado, y oía desde su lujoso aposento como le daba las gracias con voz trémula y deseándole la bendición del cielo, y como tosía y se lamentaba al alejarse, pero solo pensaba en ella para recordar el dinero que tan inútilmente habia gastado.

Pedro proyectó por fin casarse. Sabia que todos los padres de familia de la Selva Negra se reputarian por felices con darle alguna de sus hijas, pero era muy poco contentadizo en la eleccion, porque queria que todo el mundo envidiase en aquella ocasion su dicha y alabase su buen gusto y su discernimiento. Recorrió pues todo el país, pero ninguna de las jóvenes hermosas que le presentaron le pareció bastante, y finalmente, despues de haber buscado inútilmente en todos los bailes y reuniones, oyó asegurar un dia que la hija de un pobre leñador era sin contradiccion la mas hermosa de toda la comarca, y que vivia muy retirada y gobernaba la casa de su padre con mucho cuidado y talento, no frecuentando nunca los bailes ni aun en las fiestas principales.

Cuando Pedro oyó hablar de tal portento, resolvió pedirla por esposa. Montó por consiguiente á caballo y se dirigió á la cabaña que le habian indicado. El padre de la hermosa Lisbeth recibió á tan gran personaje con un asombro que se aumentó sobremanera cuando el rico Pedro le dijo que deseaba ser su yerno, y no solo no se tomó el trabajo de reflexionar largo rato, sino que imaginándose que sus penas y su miseria iban á tener fin, dió su consentimiento sin consultar siquiera á Lisbeth; pero la amable joven era tan sumisa, que no opuso objecion alguna y dió su mano al ex-carbonero.

No se realizaron sin embargo las ilusiones que habia concebido la pobrecilla; persuadida de ser inteligente en el manejo de una casa, vió con dolor que nada de cuanto hacia era del gusto de su esposo, y como por otra parte era compasiva con los pobres, se aprovechaba de su riqueza, creyendo obrar bien, para dar de vez en cuando un pedazo de pan á alguna mendiga ó un vaso de aguardiente á algun anciano, pero un dia lo advirtió Pedro y le dijo con voz dura y rostro airado:

—¿Así malgastas mi hacienda y la repartes entre vagos y perezosos? ¿Has traído algo de tu casa para hacer tantas liberalidades? Mal podria calentar la sopa con el baston de tu padre y tú arrojas el dinero por la ventana como una princesa. Si te encuentro otra vez haciendo limosna, sentirás el peso de mi mano.

La buena Lisbeth lloró largo rato en su cuarto pensando en la dureza de su marido, y hubiera preferido vivir en la humilde cabaña de su padre que gobernar la del hombre rico, pero interesado, á quien debia obedecer. ¡Ah! si hubiera sabido que su esposo tenia un corazón de mármol y no podia amar á nadie, se hubiese asombrado y le hubiese compadecido con toda su alma.

Desde aquel dia, cuando sentada delante de su puerta veía pasar algun mendigo, cerraba los ojos y estrechaba su mano con toda su fuerza, temerosa de que se deslizase involuntariamente al bolsillo para sacar alguna moneda, de modo que Lisbeth fué censurada en todo el país y cobró fama de ser mas avara que su marido.

Sin embargo, un dia estaba Lisbeth sentada en su puerta hilando y cantando alegremente, porque hacia un tiempo hermoso y su marido estaba en el campo, y vió llegar un viejecillo que llevaba un pesado saco sobre sus encorvados hombros. Le oía desde lejos lamentarse y respirar penosamente, y la bondadosa Lisbeth le miraba con aire compasivo y pensaba

que tan débil anciano no deberia llevar pesos tan enormes. El pobre viejecillo llegó hasta su lado anheloso y cansado, y arrojando el saco en el suelo y reclinándose encima, exclamó:

—Haced la caridad de darme un vaso de agua; no puedo dar un paso mas, porque me estoy muriendo de sed.

—A vuestra edad no deberiais llevar tanta carga, dijo Lisbeth.

—¡Ah! la miseria me obliga á servir de mandadero para ganarme la vida, respondió el anciano; pero una señora tan rica como vos ignora cuanto hace padecer la pobreza y cuanto apreciaria un vaso de agua para apagar mi sed.

Cuando Lisbeth oyó una peticion tan finamente dirigida corrió á la casa á buscar un cántaro de agua, pero al volver vió al anciano tan rendido de cansancio sobre su saco, que sintió gran compasion, y reflexionando que su marido no estaba en casa, dejó el cántaro en su sitio, tomó un vaso que llenó de vino, y poniendo encima un pedazo de pan de centeno, se lo llevó al pobre anciano.

—Esto os sentará mejor que el agua, le dijo, pero no bebais tan aprisa y comed un poco de pan.

El viejecillo la miró con sorpresa, gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, y despues de haber bebido, le dijo:

—Muchos años he vivido, pero nunca he visto personas que sepan dar con tanta gracia como vos, señora Lisbeth; algun dia obtendreis la recompensa en la tierra.

—Es cierto, y muy pronto! dijo detrás de ellos una voz terrible.

Volviéronse y vieron á Pedro con el rostro encendido de cólera.

—¿Así viertes mi mejor vino en mi propio vaso para los labios de un vago? Toma, aquí tienes la recompensa.

Lisbeth se arrojó implorando su perdon, pero Pedro era desapiadado, y levantando el látigo que llevaba en la mano, descargó un golpe con el mango de ébano en la frente de su esposa con tal violencia, que la infeliz cayó sin vida en los brazos del mendigo.

Pedro experimentó en un principio un vago sentimiento de pesar, y se bajó para ver si habia algun medio de devolverle la vida; pero el viejecillo le dijo con una voz que conocia muy bien:

—Todo será inútil, Pedro; está muerta. Era la flor mas bella de la Selva Negra; has roto su tallo y no volverá á florecer.

—¿Sois vos, maese vidriero? Bah! lo que está hecho está hecho y debia suceder, pero confio en que no me denunciareis á la justicia como asesino.

—¡Miserable! respondió el espíritu enojado, ¿qué sacaria con enviar tu cuerpo al cadalso? No has de temer á los jueces de la tierra, sino á otro mas riguroso y terrible, porque has vendido tu alma al espíritu maligno.

—Si la he vendido, exclamó Pedro, tú y tus dones engañosos tienen la culpa. Tú me arastraste á la perdicion, genio pérfido; tú me obligaste á pedir á otro el auxilio que me negabas. ¡Caiga sobre tí toda la responsabilidad!

Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando el vidriero empezó á crecer de un modo prodigioso; sus ojos se hicieron tan grandes como platos, y su boca parecia un horno encendido del que salian torbellinos de llamas. Pedro se arrojó á sus piés, pues su corazón de piedra no impedía que temblase todo su cuerpo. El genio de la selva le asió por la espalda con garras de gavilan, le hizo bambolear por el aire, y le arrojó á tierra tan bruscamente que crujieron todas sus costillas.

—¡Miserable gusano de la tierra! le dijo con voz terrible, podria aniquilarte si quisiera, porque has blasfemado contra el señor de la selva, pero te concedo un plazo de ocho dias por amor á esa santa mujer y en consideracion á la bondad que me ha manifestado. Si de aquí á entonces no te has apartado del mal, romperé tus huesos y saldrás del mundo con tu pecado.

Era ya de noche cuando unos campesinos que volvian de sus faenas vieron á Pedro tendido en el suelo. Levántonle, examinaron si respiraba aun, y sus tentativas fueron largo rato inútiles, hasta que exhaló por fin un pro-

fundo suspiro, abrió los ojos y se informó de como estaba Lisbeth. Nadie la habia visto y no pudieron por consiguiente darle contestacion alguna.

Entró en su casa, la buscó por todos lados, sin encontrarla en la bodega ni en el desvan, y se le presentó entonces con toda realidad lo que solo le habia parecido un espantoso sueño.

En medio de la soledad y el silencio ocurrieronle extraños pensamientos. En un principio no se espantó, porque su corazón estaba frío y endurecido, pero cuando recordaba la muerte de su mujer pensaba igualmente en la que le habia vaticinado el vidriero.

¿Morirá pues cargado con las lágrimas y maldiciones de los desgraciados, con las quejas de los que rechazó con sus perros, con la desesperacion de su anciana madre y con la sangre de la hermosa y dulce Lisbeth? ¿No tendrá que dar pronto terrible cuenta al padre de la desventurada? ¿Qué le responderá cuando vaya á preguntarle: «¿Dónde está mi hija? ¿dónde está tu mujer?» ¿Cómo responderá especialmente á aquel que es señor de todos los bosques, montes y mares, lo mismo que de la vida de los hombres?

Estos pensamientos le perseguian y atormentaban en sus sueños, y á cada instante una dulce voz le despertaba durante la noche diciendo: «Pedro, busca un corazón menos frío.»

Y cerraba al punto los ojos, porque sin duda era Lisbeth la que pronunciaba aquellas palabras, y tenia miedo á su sombra.

Un dia fué á la taberna para distraerse; encontró á Ezequiel y empezó á hablar con él de cosas indiferentes y por último acerca de la muerte.

—¿Cuál es tu parecer, preguntó Pedro, sobre lo que será de nosotros despues de muertos?

—Pienso que enterrarán nuestros cuerpos, respondió Ezequiel, y que el alma subirá al cielo ó será arrojada á los infiernos.

—¿Y entierrán también el corazón? preguntó Pedro con ansiedad.

—Sin duda alguna.

—¿Y cuando no se tiene corazón?

Ezequiel le miró con ademán furioso.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Tratas de insultarme y burlarte de mí? ¿Crees que no tengo corazón!

—¡Vaya si lo creo! Tienes uno, y sólido además como una piedra.

Ezequiel quedó sorprendido, y mirando despues á todos lados para ver si alguien podía oírles, le preguntó:

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso el tuyo tampoco late?

—No, respondió Pedro, al menos en mi pecho; pero ya que sabes lo que quiero decir, explicame ¿qué será de nuestros corazones cuando hayamos muerto?

—¿Por qué hemos de inquietarnos por eso, amigo Pedro? dijo Ezequiel. ¿No te satisface vivir en la abundancia? Casualmente tenemos la ventaja de que los pensamientos de esta clase no pueden aterrarnos ni turbar nuestros goces.

—Es verdad, pero aunque ya no siento el miedo, recuerdo aun el que me infundia el infierno cuando era niño.

—Bah! ya no somos niños, dijo Ezequiel. Si he de decirte francamente lo que pienso, creo que no nos irá muy bien en tan terrible trance. He consultado una vez con un maestro de escuela acerca de este punto, y me dijo que nuestros corazones serán pesados con todas las faltas de que se hicieron culpables durante la vida. Los mas ligeros suben y los mas pesados bajan; y creo que los nuestros, como de piedra, pesarán mas que los otros.

—En verdad que tengo miedo, respondió Pedro, y me pesa mas de una vez ser tan indiferente y tan impasible cuando reflexiono semejantes cosas.

Tal fué su conversacion, pero aquella misma noche oyó Pedro repetidas veces la misma voz que murmuraba á su oído:

—Pedro, es preciso buscar un corazón menos frío!

(Se continuará.)



Nunca he visto personas que sepan dar con tanta gracia como vos. (Pág. 247, col. 2).

LA CIENCIA PARA TODOS.

(Continuacion.)

373. ¿Qué son nubes?
Volúmenes de vapor elevados ordinariamente á una altura considerable.



Nube cirro-acumulada.

374. ¿De qué se forman las nubes?
De la evaporacion del agua en la superficie de la tierra.

375. ¿Por qué no las vemos ascender?
A veces las vemos subir bajo la forma de lo que llamamos neblina, pero generalmente los vapores que se levantan y contribuyen á la formacion de las nubes son tan sutiles que son invisibles.

376. ¿Por qué si son invisibles cuando se levantan, se vuelven visibles cuando han ascendido?

Porque los vapores, enfriándose al atravesar el aire, forman un cuerpo mas denso.

377. ¿Por qué cuando se han condensado no siguen el curso de gravitacion y descienden?

Porque los vapores se trasforman en vejiguitas diminutas que pueden llamarse burbujas de vapor, y éstas, siendo calentadas por el sol, son específicamente mas ligeras que el aire.

Además, porque las partes bajas de las nubes descienden parcialmente, pero rarificándose otra vez al encontrarse con una atmósfera mas

caliente vuelven á subir, permaneciendo de esta manera equilibradas en el aire.

Tambien porque hay siempre un grado de movimiento atmosférico, que tiende á elevarse, causado por la traslacion del calor de la superficie de la tierra. Y aunque debe haber tambien movimientos de descenso del aire para reemplazar al que asciende, sin embargo, el calor del aire ascendente, combinado con su movimiento de elevacion, dilata y hace flotar el vapor de las nubes.

378. ¿A qué altura se elevan comunmente las nubes?

A diferentes grados; pero se dice que las nubes de carácter específico se elevan á una altura dada, ó que ocupan ciertas líneas de altura. Al hablar de las nubes específicas daremos su altura probable.



Nube cirrosa ó rizada.

379. ¿Cuántas clases de nubes existen?
Siete.

1. Las rizadas, cuya línea de altura se calcula de 10,000 á 24,000 piés.

2. Las acumuladas; su altura es de 3,000 á 10,000 piés.

3. Las estratosas; una nube dilatada y continua en forma de sábana aumentada de debajo. Estas nubes se quedan muy bajas.

4. Las nimbosas, 1,500 á 3,000 piés.

5. Las rizo-acumuladas, de 3,000 á 20,000 piés.

6. Las rizo-estratosas, de 5,000 á 10,000 piés.

7. Las cúmulo-estratosas, de 3,000 á 10,000 piés.

(La apreciacion de estas alturas debe mirarse como una mera conjetura, aunque han sido calculadas segun los datos mas positivos existentes. Basta saber que la mayor distancia que media entre las diferentes nubes es desde la nimbosa, ó nube de trueno, que está á 1,500 piés, á la rizada, que se encuentra á 24,000 piés; las demás son intermedias. Las tres primeras de las nubes arriba enumeradas constituyen lo que se llama formas primitivas. Las restantes se llaman de formas secundarias, porque se forman, como lo indica su nombre, de combinaciones de las formas primitivas. Aunque no es siempre fácil — por la frecuencia con que se mezclan — conocer el carácter de las nubes por la clasificacion adoptada, sin embargo, como existe generalmente un predominio de un tipo de nube sobre otro, el observador puede distinguir un cielo rizado, ó rizado cumulo, etc. En algunas ocasiones los caracteres típicos de las nubes se definen perfectamente: la contemplacion de sus formas y las leyes de su formacion ofrecen una placentera distraccion al observador. Las ventajas de los conocimientos científicos son tales, que tanto si se mira á la tierra como al cielo, en todas partes se leen os escritos de Dios.)



Nube cirro-estratosas.

380. ¿Qué es lo que produce las varias formas de las nubes?

1. El estado de la atmósfera.

2. La condicion eléctrica de las nubes.

3. Los movimientos de la atmósfera.

4. La estacion del año.

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede. F. GABAÑACH, editor responsable.

Imprenta del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de Francisco Galanach, calle Nueva de S. Francisco, núm. 17.